

EL ATAQUE DEL ARZOBISPO DE BURDEOS A LA VILLA DE SANTOÑA EN 1639

Baldomero BRÍGIDO GABIOLA
Historiador
Director del Archivo Municipal de Laredo

En primer lugar quería mostrar mi agradecimiento al Excmo. Ayto. de Santoña y en especial a su alcalde y concejal de cultura por haberme invitado a venir a este ciclo de conferencias sobre la Historia Marítima de Santoña; también a Rafael Palacio Ramos, Director de esta Casa de Cultura, historiador que ha colaborado estrechamente conmigo en un estudio que hoy ve parcialmente la luz, precisamente sobre las repercusiones e impacto que sufrieron nuestras villas costeras en el ataque y asalto del Arzobispo de Burdeos; al Dr. Héctor José Tanzi, del Museo Naval de la Nación de Buenos Aires; al Sr. Jefe del *Service Historique de l'Armée de Terre* de París; a Dña. María Luisa de Vitoria, responsable del Archivo Municipal de Noja; a Mme. Helène Bellaigue, *Conservateur de la Bibliothèque de Bordeaux*, a la santoñesa Inmaculada Garay, quien me ayudó a conocer detalles geográficos e históricos de Santoña; y, para finalizar con los agradecimientos, no me puedo olvidar de Pierre Loison, insigne investigador francés que hoy nos acompaña que nos ha descifrado las leyendas de dos planos originales de la época y que hoy se presentan por primera vez a todos ustedes.

Este estudio al que he aludido, comenzado hace varios años por quienes nos hemos preocupado de la Historia de nuestras villas, se ha puesto repentinamente "de moda" por el desarrollo de proyectos sobre algunos aspectos parciales del asalto, lo que hace más importante su difusión y evidencia el escaso calado científico de los trabajos emprendidos sin el concurso de todos los expertos sobre un tema. De especial interés es así el realto de la fuente francesa, hasta ahora no sólo inédito, sino absolutamente desconocido aun cuando la información que proporciona es fundamental.

Introducción

En 1639, la Bahía de Santoña representaba el centro de la actual Cantabria. Laredo era la capital política y administrativa, sede permanente del Corregidor de las Cuatro Villas, en Colindres, en los Astilleros de Jargote, se construían imponentes galeones para el rey, el fondeadero de El Fraile y el del interior de Santoña albergaban, a menudo, a la poderosa Armada del mar Océano.

El 14 de Agosto de 1639, una poderosísima escuadra francesa, nación en guerra con España, atacó, invadió y destruyó las localidades de Santoña y Laredo, causando grandes estragos y destruyendo un galeón totalmente equipado y apoderándose de otro, que enarbola pabellón real, entre el Puntal

de la Salve y Santoña. Por eso la conferencia va a tratar no sólo sobre el ataque a Santoña sino también a Laredo y sus zonas colindantes, ya que no se entiende estudiar este asalto sin incluir a las poblaciones en torno a la Bahía.

El ataque estaba comandado por el Arzobispo de Burdeos y Almirante Henri d'Escombleau de Sourdis, y puso en evidencia la endebles del propio sistema imperial bajo los Austrias Menores, sistema que personificado en el Conde-Duque de Olivares se veía impotente para defender los territorios peninsulares mientras dilapidaba sus valiosos caudales humanos y monetarios en imposibles contiendas europeas.

Varios autores, algunos de ellos fundamentales para entender la historiografía de nuestra región, han tratado la destrucción provocada por la escuadra francesa, fundamentalmente a través de una única fuente: un documento conservado en la *Biblioteca Nacional* madrileña. Por nuestra parte, a lo largo de los trabajos de investigación realizados, íbamos hallando noticias diversas sobre el tema. Algunas tangenciales, pero todas valiosas, en el *Archivo Histórico Provincial de Cantabria*, diversos archivos municipales y en el *Archivo General de Simancas*.

La consulta de la fuente coetánea francesa, esto es, del relato pormenorizado de lo sucedido por boca del propio Sourdis, y el hallazgo en el *Service Historique de l'Armée de Terre* de París de un magnífico plano que recoge el desarrollo completo de las batallas libradas, nos dio el impulso decisivo para preparar no sólo esta conferencia sino también una próxima publicación.

A lo largo de estas páginas trataremos de mostrar al lector el papel que la Bahía y en especial el fondeadero de Santoña tenía como punto de arribada de armadas de guerra; el del Laredo del siglo XVII a través de su entramado urbano, social y económico; y la importancia del asalto y de las bajas sufridas por ambos bandos, resaltando la pérdida de los dos galeones reales, verdadero símbolo del poder de la Corona en aquella época.

Pero sin duda, la mayor importancia la poseen los propios protagonistas, por ello para esta conferencia he tomado los tres testimonios principales: el relato de "*Lo que sucedió en la Villa de Laredo y costa de España con la armada francesa y el general Arzobispo de Burdeos, año de 1639*" de la *Biblioteca Nacional* de Madrid, parte del documento conservado en el *Archivo Municipal de Noja* y que recoge la contribución de la Merindad de Trasmiera a las acciones de defensa, y por fin la *Rélation de ce qui c'est passé en l'armée du Roi et son retour à la mer, jusqu'au 18 d'août 1.639*, carta del propio Sourdis al Cardenal Richelieu que ofrece un pormenorizado relato de lo acontecido.

Comenzaré realizando una visión global de la política europea y nacional en la primera mitad del siglo XVII para luego entrar de lleno en las peculiaridades de las poblaciones en torno a la Bahía de Santoña y las repercusiones del asalto francés capitaneado por el Arzobispo de Burdeos.

Situación de Europa y España en la primera mitad del siglo XVII

En la primera mitad del siglo XVII nos encontramos con numerosas tensiones en Europa. En principio estas tensiones fueron debidas a la ruptura de la fe (fragmentándose en diversas religiones: católica, protestante y calvinista). Estamos en una época donde triunfa el absolutismo, las

monarquías absolutas donde la crisis articulaba un divorcio entre estado y sociedad. La estabilidad de las monarquías dependía de tres factores: de la economía (deudas elevadas y necesidad de buenas posiciones en el comercio internacional), de las disputas religiosas y de la fuerte o débil capacidad real.

Europa se muestra fraccionada y con muchas rivalidades entre sus países, de la que no se salva España. Se produce la Guerra de los Treinta Años (1618-1645) en principio por motivos religiosos pero que esconde tras de sí ambiciones territoriales. Esta guerra que comienza por razones dinásticas en el imperio alemán se propaga y al final entran en guerra los Países Bajos, España, Francia, Inglaterra, Suecia...

Sin embargo, las dos potencias navales a escala planetaria eran España y Francia. El 19 de Mayo de 1635 Luis XIII declara la guerra a Felipe IV. Un Felipe IV (1621-1665) que a pesar de ser un hombre culto fue muy débil para el papel del monarca y siempre estuvo en manos de Gaspar de Guzmán (Conde-Duque de Olivares) su valido, que soñaba con una España hegemónica y luchaba por ese objetivo que nunca consiguió. Francia había acrecentado terriblemente su Marina Real bajo el decidido impulso de Richelieu, y tenía como objetivo primero debilitar a los Austrias para desmembrar y hacerse con sus posesiones.

Y a partir de aquí la declaración de guerra por parte de Francia, España batalla en numerosos frentes sin poder abarcar todo el territorio. Francia justifica la guerra por razones de estado y España por mantener los valores universales como la cristiandad. La guerra tiene numerosos altibajos. En 1636 el cardenal infante D. Fernando toma Corbie, a 80 km de París. Ante esta victoria que parecía un augurio de la toma de París, Francia, apoyada en una alianza con holandeses y suecos ataca a España por numerosos frentes. Así en 1639 la flota española con el almirante Oquendo es derrotada en la batalla de Las Dunas en el paso de Calais por el almirante holandés Tramp.

Nuestras tropas debían defender extensas posesiones repartidas por todo el mundo, y preferentemente las vitales flotas de la Carrera de Indias que procuraban a Felipe IV las mercancías y metales preciosos que servían para sufragar las guerras que sosteníamos en Centro Europa. No es por ello extraño que nuestro propio territorio quedara desguarnecido, ante la gigantesca aportación material y humana que debía hacer el Corregimiento de las Cuatro Villas.

Con la mayoría de nuestra flota fuera de nuestras fronteras y luchando en varios frentes, el sábado día 14 de Agosto de 1639 llega a Santoña y Laredo a las 3 de la tarde la armada del Arzobispo de Burdeos y ataca en el corazón de las Cuatro Villas de la Costa, causando un daño inmenso. Pero antes de entrar de lleno en el ataque considero oportuno el buscar unos antecedentes que pudieron ser el detonante para que este ataque se realizara y uno de los principales es la importancia estratégica de la Bahía de Santoña.

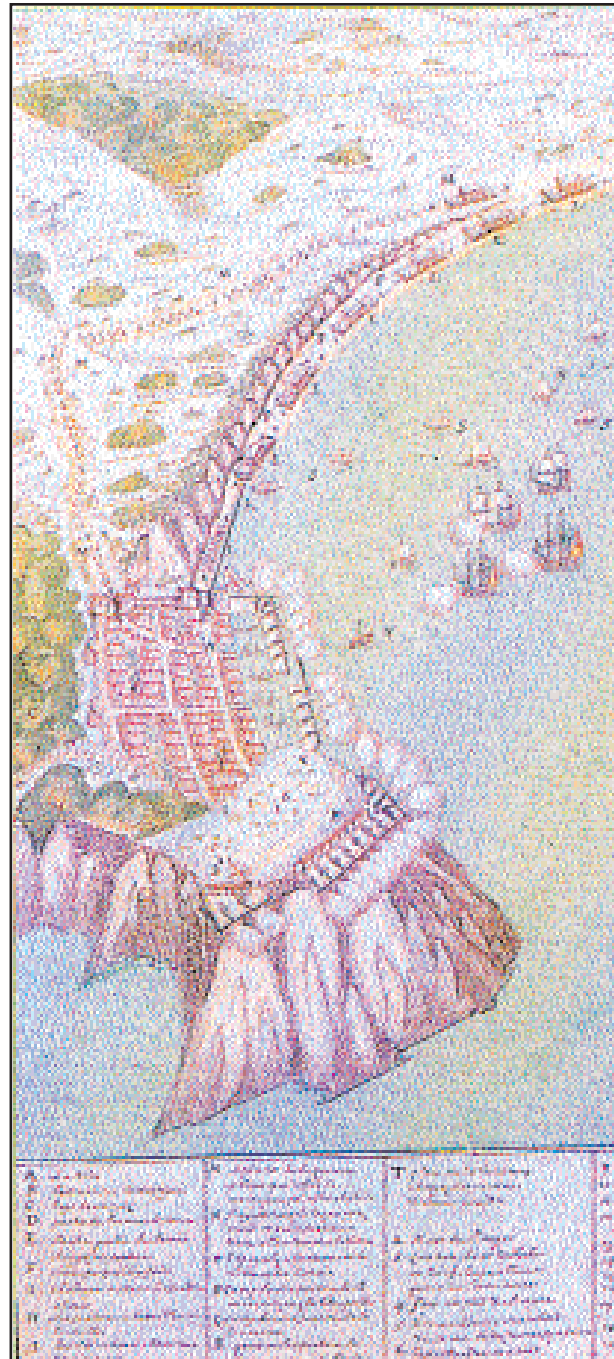
Sobre la importancia de la Bahía de Santoña

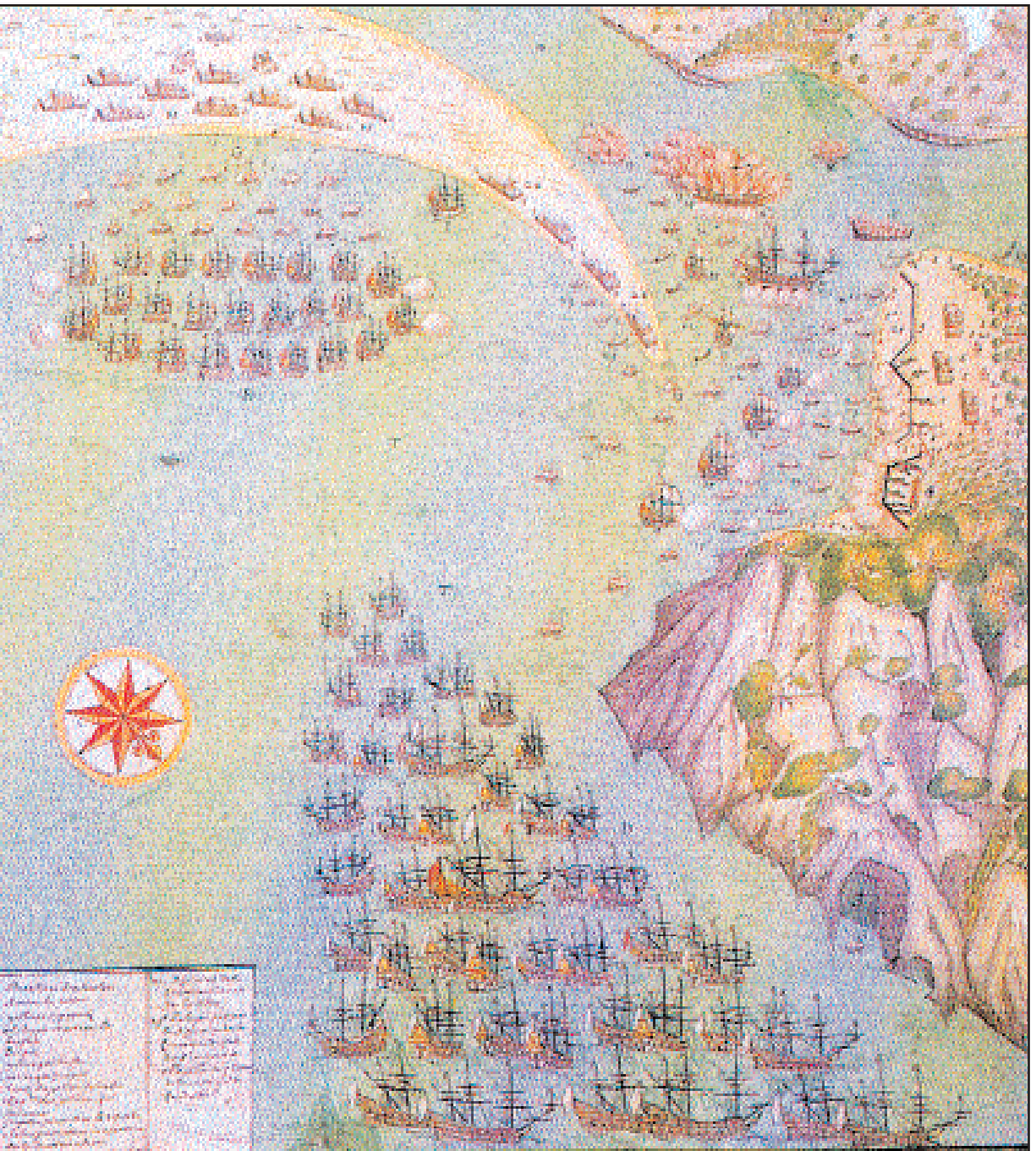
La Bahía no se encuentra en un punto aislado sino que debemos verla dentro de un marco geográfico estratégico que engloba a todas las poblaciones colindantes: Santoña, Laredo, Escalante, Colindres...

En la Bahía de Santoña concurrían varios factores que la hacían ser un enclave privilegiado dentro de las cuatro villas de la costa en 1639 y apetecible para sus enemigos. Tres eran las más importantes: la situación de

- A- Laredo
- B- Baterías sobre la montaña
- C- Bosque de naranjos
- D- Parte de la escuadra francesa
- E- Otra parte de la escuadra francesa llevando la infantería
- F- Chalupa echada a pique
- G- Chalupas desembarcando la infantería
- H- Infantería formando sobre la arena
- I- Barco alcanzado varado por un cañonazo
- L- La infantería de los navíos avanza hacia la villa
- M- El Regimiento de *La Corona* dirigiéndose a Laredo por encima de la montaña
- N- Fragatas y chalupas acercándose a la villa después de haber puesto en tierra a la Infantería
- O- Abandono de los españoles de Laredo y de las baterías
- P- Campo de la Infantería de Marina después de tomar la villa
- Q- Campo de la Infantería de *La Corona*
- R- Muelles donde reembarcó la Infantería de Marina
- S- Chalupas que trasladan la Infantería de Marina
- T- Fondeadero de los navíos cargados de infantería bien anclados

- 2- Monte de Santoña
- 3- Caverna dentro del peñón donde las chalupas fueron a recoger agua dulce
- 4- Fuerte al pie de Santoña
- 5- Retrincheramientos sobre la ribera del mar ocupados por mosqueteros
- 6- Batallones de la Marina
- 7- Puertas de Santoña
- 8- Pasaje del puerto
- 9- Monasterio de Escalante
- 10- Ría
- 11- Galeón español
- 12- Chalupas que escoltan los brulotes
- 13- Brulotes
- 14- Galeón ardiendo
- 15- Galeón que fue apresado
- 16- (...) de los galeones y brulotes
- 17- Compañía del galeón apresado
- 18- Fragatas cañoneando Santoña
- 19- Chalupas desembarcando la Infantería de Marina
- 20- Desembarco de la Infantería
- 21- Españoles que huyen
- 22- El Regimiento de *La Corona* llega desde Laredo
- 23- Chalupas llevando el Regimiento de *La Corona* al lado de Santoña y el señor Conde de Tonnerre que lo conducía





Laredo como virtual capital de la región, los seguros fondeaderos existentes al amparo del monte de Santoña y la existencia ya en Colindres de los Astilleros de Jargote, donde se construían para la Corona importantes galeones del siglo XVII español.

La Bahía de Santoña era, a su vez, el punto clave para el desarrollo económico. Esta constituía una base naval con astilleros de construcción, fondeadero de armadas, fábricas de pertrechos para buque y relativamente, buenas comunicaciones terrestres constituían sus activos.

Así, el comercio y las transacciones comerciales que tenían como punto de encuentro el puerto de Santoña y de Laredo se extendió en esta época no sólo a la zona septentrional europea (Flandes, Francia, Inglaterra...) sino también hacia mercados transoceánicos como La Habana, Nueva España, Caracas... aunque en esta época ya sabemos los conflictos que había en Europa. El eje mercantil Castilla-Europa tenía a estos puertos como escala obligada para el tráfico entre estos dos puntos.

Pero para conseguir este objetivo de ser el eje mercantil Castilla-Europa y del comercio con las Indias, así como para mantener la excelente base naval había que dotarla de un sistema defensivo integral, conjurando el peligro de los hipotéticos desembarcos en la playa de Santoña y en la villa de Laredo y haciendo inexpugnable la entrada al fondeadero interior mediante baterías con cañones adecuados en Santoña y el Puntal del Salvé. Y por supuesto con la ayuda de las comunidades, cosa que no siempre ocurría ya que argumentaban causas diversas para no acudir a situaciones de guerra.

Sin embargo, dos factores desgraciados concurrieron para evitar esta circunstancia: la falsa idea de los laredanos, quienes pensaban que no era preciso establecer un sistema defensivo integral, con fortificaciones en Laredo y Santoña, y la impotencia política y económica de la Corona para imponer este sistema necesario. No se preocupaban de defender la ensenada completa.

El ataque del Arzobispo de Burdeos a la Bahía de Santoña: toma y asalto de las villas costeras

Nuestras tropas debían defender extensas posesiones repartidas por todo el mundo, y preferentemente las vitales flotas de la Carrera de Indias que procuraban a Felipe IV las mercancías y metales preciosos que servían para sufragar las guerras que sosteníamos en Centro Europa. No es por ello extraño que nuestro propio territorio quedara desguarnecido, ante la gigantesca aportación material y humana que debía hacer el Corregimiento de las Cuatro Villas.

Los ataques franceses al Cantábrico español se produjeron por tierra, con la toma de Fuenterrabía y los pasos fronterizos del Bidasoa, y por mar con un quíntuple objetivo: entorpecer el comercio marítimo, saquear las poblaciones costeras más importantes, destruir los astilleros reales, presentar batalla a la Armada del Océano en La Coruña y acosar y apresar o destruir la Armada de la Carrera de Indias cargada con el tesoro americano, y que tenía en Cádiz su puerto de arribada.

La escuadra encargada de esta misión era la *Armée du Ponent*, a cuyo mando estaba Henri d'Escombleau de Sourdis, quien a su cargo de Almirante de Francia unía su condición de Arzobispo de Burdeos. La constituían cuarenta grandes unidades navales de más de 600 toneladas,

sobresaliendo la nave almirante *La Couronne*, grandioso galeón asombro de su época, de más de 1.000 toneladas de arqueo, y el también navío real *Le Vaisseau du Roi*.

En el verano de 1639 se estaba aprestando en La Coruña una armada al mando del almirante Lope de Hoces. Estaba compuesta por 27.000 soldados y 67 navíos de guerra para intervenir en Flandes, a los que se iban a sumar siete galeones recién construidos en la ría del Nervión, dos por Francisco de Quincoces y cinco por Martín de Arana, destinados todos ellos a la Escuadra de Galicia, y que debían, como era habitual, llegar juntas al fondeadero del Fraile de Santoña.

Sourdis llegó a La Coruña el 8 de Junio, pero encontró la flota española resguardada en el puerto y fuertemente defendida, por lo que decidió regresar a su base. El día 6 de Agosto partió de nuevo con dirección a Galicia, pero recibió la noticia de la existencia de nueve grandes galeones en Cantabria y decidió su ataque.

Sin embargo, para el día 10 de Agosto tan sólo estaban surtas en la Bahía la Almiranta, un magnífico buque de guerra de 1.000 toneladas, y otro galeón de 800; los cinco restantes habían pasado a Santander el 20 de Julio en su rumbo a La Coruña, y ante la presencia de la armada gala quedaron en su puerto hasta pasado el peligro. Pero los dos galeones, salidos de Portugalete con precipitación por la falta que hacían a la Corona, estaban insuficientemente armados y tripulados: mientras que entre ambos sólo sumaban doscientos cincuenta hombres, la Almiranta necesitaba casi cuatrocientos para su adecuado gobierno.

En los sucesos que se desencadenaron a continuación, tuvo un papel importante la información que cada bando manejaba: mientras el Consejo de Guerra español, a tenor de las cartas enviadas por Lope de Hoces, todavía en junio estaba firmemente convencido de que los franceses no atacarían el Cantábrico, sino Galicia, la bien nutrida red de espías francesa alertó al Arzobispo de la estancia de poderosos galeones en el interior de la rada de Santoña, y su flota partió del puerto de *Belle-Ile* con la intención de apresar o destruir las naves. Además en enero se habían puesto en el Astillero de Colindres las quillas para cuatro galeones de un nuevo asiento firmado por el activo Francisco de Quincoces, lo que hacía a la zona doblemente apetible.

El 14 de Agosto de 1639, Sourdis hizo su aparición en la Bahía, al frente de su poderosa escuadra compuesta por cuarenta navíos de guerra de más de 600 toneladas, veinte brulotes o navíos de fuego, ocho fragatas, cientoveinte chalupas y barcos menores y doce transportes de tropas. Aparte de los marineros y tripulantes de las distintas naves, estaban embarcados el Regimiento llamado *La Couronne* de 2.000 mosqueteros, y diez compañías de Infantería de Marina, en total unos 5.200 soldados bien armados y equipados.

En Santoña y en Laredo no había otras fuerzas que las que pudieran oponer los vecinos. Por ello, el Corregidor Juan Rejón de Silva y Sotomayor, hizo una desesperada llamada de auxilio a las jurisdicciones cercanas. Pero era tal el temor que provocaba la expedición gala que Santander y Castro-Urdiales dilataron su respuesta y de hecho no acudieron, al igual que los valles de Soba y Mena y las villas de Medina de Pomar y Villarcayo. Sí se dirigieron en socorro de la villa santoñesa y pejina las de Colindres, Limpias y Ampuero, los valles de Liendo, Guriezo y Ruesga y la

Junta de Parayas, en total 700 hombres más los 300 laredanos. En ayuda de Santoña, llegaron los hidalgos de las juntas de Siete Villas y Cesto, unos 400.

En definitiva, a poco más de 1.500 hombres sin apenas formación militar y muy mal armados les correspondía defender un amplio territorio deficientemente fortificado y artillado frente a unas fuerzas enemigas poderosísimas.

L'Armée du Ponent fondeó sus unidades mayores en El Fraile (D) mientras varias chalupas sondaban la barra. Pronto se puso en evidencia la escasa entidad de las fuerzas españolas, lo que decidió a Sourdis y a su mariscal de campo, el conde de Tonnerre, a iniciar el desembarco en Laredo. Varias fragatas se adentraron en el abra (E) y mediante chalupas desembarcaron el Regimiento de *La Couronne* en El Puntal (G), sin ser inquietados excesivamente por los fuertes de Laredo debido a lo poco adecuado de la artillería emplazada en ellos (B). Ayudados por el fuego de sus navíos (N) avanzaron hacia esta villa divididos en tres columnas, dos de las cuales alcanzaron la eminencia que domina la población en su parte este, llamada del “Molino de Viento” y accedieron por la Puerta de San Lorenzo (M).

Santoña y Laredo fueron tomadas a pesar de la resistencia de sus defensores, que nada pudieron hacer por impedirlo y huyeron al monte (por cierto plantado de naranjos) con la idea de hostigar al enemigo en pequeños grupos.

El pillaje fue sistemático, no se salvó de ser expoliada ninguna de las cerca de 500 viviendas de Santoña y Laredo; sólo se respetaron los caudales y ornamentos de las iglesias. Fue tal la intensidad del saqueo, tantos los excesos cometidos por las tropas desembarcadas, que Henri de Sourdis decidió su salida del recinto urbano ante el temor cierto de una destrucción incontrolada. El valor de lo robado ascendió a 100.000 ducados.

En palabras de un testigo presencial, “*Quemaron el castillo de San Nicolás y el de la Rochela, las planadas de la artillería de los muelles; quitaron la cadena del bocal, los balcones y rejas; y se llevaron las piezas de bronce y tres de fierro; y las demás las dejaron caer a la mar. Dentro de las casas rompieron las puertas y ventanas, arcas y escritorios; derramaron gran cantidad de vino blanco y tinto, y en todo lo que no fue robar las iglesias, quemar las casas y todos los heredamientos, hicieron grande y lastimosos destrozo*”.

Es bien sabido por todos que con algunos de los cañones aprehendidos se refundió la campana principal de la Catedral de Burdeos, y que cuatro estandartes con las armas de Laredo fueron solemnemente paseados por las calles de esa ciudad antes de quedar depositados en ese mismo templo. También se llevaron los franceses los documentos que se custodiaban en el Archivo del Corregimiento, sin que nuestras pesquisas en su localización hayan tenido por el momento resultados positivos.

El ataque a los galeones reales

Cumplido este objetivo, se dirigieron el día 15 hacia otro bocado apetecible: los dos galeones reales que estaban surtos en el fondeadero interior de la Bahía, tras El Puntal. Al no conocer con exactitud los fondos, temieron enviar contra ellos algún galeón de gran porte por miedo a

perderlo, así que lo hicieron cuatro fragatas y veinticinco chalupas armadas. También cuatro brulotes, en la idea de destruirlos si no podían tomarlos. Un navío fue quemado, al parecer por los propios tripulantes, pues era preferible perder el vaso a que fue apresado por el rival.

La Almiranta fue abordada, y los 14 hombres que la defendían, si así puede llamarse a tan menguada tropa, hubieron de alejarse a nado; de este modo fue apresada casi intacta y llevada a Burdeos, motivo de honra para Sourdis y de duelo para el monarca español Felipe IV, que de este modo perdió dos barcos que le eran vitales para su política europea.

Al mismo tiempo, las fragatas atacaban duramente las trincheras y baterías artilleras establecidas en la playa de Santoña, iniciándose pronto el desembarco. De nuevo se produjo un enfrentamiento desigual, puesto que los defensores eran numéricamente muy inferiores y estaban pésimamente armados, teniendo que recurrir incluso al empleo de piedras y huyendo enseguida al monte inmediato. La villa del Puerto de Santoña no era una presa rica, de modo que fue quemada a excepción de la iglesia parroquial.

Dueños ya de Santoña y Laredo, intentaron remontar la Ría para destruir el astillero y adentrarse en las juntas de Cesto y Voto, pero fueron duramente contestados por la batería situada en la Torre de Treto y no pudieron cumplir su propósito.

Los invasores permanecieron en la Bahía casi dos semanas dedicándose a cometer pillajes por toda la comarca, destruir las fortificaciones costeras y embarcar el botín, hasta que el día 27 levaron anclas y volvieron a su base en Belle-Isle.

El informe elevado a Richelieu resume perfectamente lo sucedido: *“La pérdida que los enemigos tuvieron allí en este encuentro es de dos galeones, de los cuales uno era de mil a mil doscientas toneladas que servía en ese momento al Rey en su armada, el que llevaba el estandarte de Almiranta arbolado sobre el palo mayor; el segundo de setecientas a ochocientas toneladas; más de cien piezas de cañón; más de doscientos barcos, barcas y pinazas, y una de las principales villas de Vizcaya que ellos habían puesto en estado de no temer nada”*.

“La pérdida que ha sufrido el rey es de dos capitanes de brulotes muertos, un capitán de la marina de nombre Duquesne herido en el rostro, de dos gentilhombres del arzobispo de Burdeos llamados Rochebrune y de Breins, gravemente heridos y de algunos soldados y marineros y un capitán del regimiento de La Corona de nombre Montieri herido en la pierna de un tiro de mosquete”.

Fue una lucha desigual y apenas se les pudo poner resistencia desde el gran potencial tanto humano como militar. La mayoría de los habitantes de las villas costeras se encontraba en otras empresas, comercio con las Indias, con el norte de Europa, en empresas militares de la Corona...

De cualquier modo, respecto a la política nacional el Conde-Duque de Olivares tenía otros motivos de preocupación más serios: al desastre de la flota de Oquendo en Las Dunas, culmen de una pérdida global, en poco más de dos años, de cien buques de guerra y veinte mil hombres de mar, se vino a sumar un año más tarde las rebeliones de Portugal y Cataluña, que absorberán la casi totalidad de los esfuerzos militares de la Península.

Resumen final

Todas estas prevenciones después del asalto, no hicieron sino retrasar algo inevitable. El siglo XVIII asistió a una pérdida acelerada del peso político y económico de la Bahía de Santoña a favor de la de Santander, que aunaba en un mismo concejo una urbe importante y unos muelles adecuados. Laredo que era el emporio mercantil y político, y Santoña que era la que poseía los fondeaderos y puerto óptimos ven llegar una etapa de crisis, ahondada por los saqueos e incendios llevados a cabo por las huestes del Arzobispo de Burdeos.

Pero no podemos achacar a este episodio histórico todas las desgracias, además las diferencias jurisdiccionales (Laredo era villa con fuero real mientras que Santoña que había estado bajo la jurisdicción eclesiástica), causa de dilatados pleitos entre ambas poblaciones, hicieron inviable una necesaria unión de intereses y propiciaron el nombramiento de Santander como Ciudad, Sede Episcopal y centro del comercio marítimo de Castilla a partir de 1750.

Lo que está claro es que el ataque del Arzobispo de Burdeos puso al descubierto las debilidades de nuestra política exterior e interior, y sobre todo las graves deficiencias del Estado bajo los Austrias Menores, con un territorio desarticulado que no obedecía de hecho las órdenes del Corregidor, representante directo del Monarca, y que se negaba a acudir en socorro de localidades vecinas porque sabía que las represalias que anunciaran no iban a llevarse a efecto.

Con estas premisas sólo me queda comentar que la Bahía de Santoña fue una zona clave para estudiar la pérdida de poder en el control y dominio de los mares por parte de España, factor clave para comprender el decaimiento de la armada del Mar Océano y las escuadras de la Carrera de Indias. Y con todo ello el inicio del desmembramiento del imperio español y el decaimiento de su comercio.

Anexo:

Rélation de ce qui c'est passé en l'armée du Roi et son retour à la mer, jusqu'au 18 d'août 1.639

(Versión de B. Brígido Gabiola y R. Palacio Ramos. Traducción de Gabiola y P. Loison)

Relación de lo que pasó con la Armada del Rey, en su vuelta al mar, hasta el 18 de Agosto de 1.639

Parecía que el temporal, que había comenzado hacia el fin de abril y que había impedido salir a la Armada hasta el 15 de Mayo, que le había golpeado de aquella manera el 24 de Junio, que ella parecía más bien estar en estado de recuperar estos puertos de volver a la mar, que le había retenido en Belle-Ile desde el 28 de Junio hasta el 4 de Agosto, sin que ninguna nave pudiese sacar la nariz fuera, ni siquiera sufrir los mástiles de altas colas, debió impedir a la Armada volver al mar.

La mayor parte de los navíos había sido tan degradada y tan maltratada que ninguno había conservado su chalupa, habiendo sido destrozados casi todos sus porta-obenques, la mayoría desnudos, habiendo perdido los juegos de velas que tenían envergadas y la mayor parte desmantelada de todo o parte de sus mástiles, y habiendo perdido casi todos la mayor parte

de las vituallas, puesto que estaban cargados para seis meses tanto para los equipajes como para la infantería embarcada. Pero la afección de los capitanes ha sido tal, y el cuidado de los oficiales tan grande, que los unos a porfía de los otros han hecho cosas increíbles ya sea para encontrar nuevas vituallas con el crédito de sus amigos o para volver a poner los navíos en disposición de volver a la mar que en continente estuvo preparado, pero la malignidad del tiempo ha sido tal que hasta el cuatro de Agosto no se atrevió a salir fuera; durante aquel tiempo los Regimientos de La Couronne y los navíos fueron desembarcados en las islas desiertas de Lionac y de Ludic para impedir que la enfermedad se declarara a bordo por la excesiva cantidad de gente que se había embarcado. La armada, estando en la mar y haciendo ruta hacia la costa de España, fue sorprendida todavía con tantos aguaceros a la vista de las tierras de España que se le temía abordarles y no tenían ningún deseo de aproximarse. Por fin, el doce del corriente un patache comandado por el capitán Buroc y una fragata al mando del capitán Bun que habían sido enviados para aprender la lengua y para llevar al señor Joly, ayuda de campo, para reconocer los desembarcos para la infantería en la costa, relataron que habían encontrado en la rada de Santoña dos galeones de España de los que uno tenía el pabellón en el palo mayor, pues ellos habían tomado una chalupa con dieciséis hombres que había venido a reconocerles. Por ellos habían sabido que, de los nueve galeones que habían sido botados en Bilbao y sus alrededores para reemplazar a los de Gatan y reformar la escuadra de Galicia, no habían salido más que siete (de los que cinco se habían separado y dos habían recalado en Santoña) y dos no habían podido salir de Portugalete. De los dos que estaban en Santoña uno era el más grande y almiranta. Eran comandados por el general de esta flota y no tenían más de treinta y dos cañones cada uno y doscientos cincuenta hombres de tripulación.

Desde entonces, se dio orden de poner rumbo hacia Santoña donde la armada que llegaba se encontró en un lugar en el cual se sitúa la Villa de Laredo, una de las cuatro capitales de Vizcaya, y de la otra Santoña que manda la ría de Colindres, en la que estos dos galeones esperaban retirados en el interior de una barra y bajo un fuerte de seis piezas de cañón y dos baterías de tierra de cuatro piezas bajo las cuales pensaban estar seguros. Pasaron toda la noche sondeando la rada, reconociendo la barra y visitando los desembarcos, pero la mañana comenzó con los saludos de veinticuatro piezas de cañón que estaban en la rada dispuestas en batería y de las que estaban del lado de Santoña, no obstante, con poco efecto. Se hizo tomar la resolución de comenzar por lo más urgente y lo que podía perjudicar más que era la rada. Se dio la orden de poner a la tropa en unos barcos propios para acercarse a tierra.

Toda la noche el conde de Tonerre, mariscal de campo y el Señor de Bugnoy, sargento de batalla, hicieron las diligencias necesarias para cumplir sus órdenes en tierra y el señor Decamp, sargento de batalla de mar, para el desembarco.

Todo se condujo de manera tan diligente que a las ocho de la mañana toda la infantería de marina, compuesta por cinco batallones mandados por el caballero de Cangé, jefe de escuadra, y quince compañías de manera que contaban cada una con cien mosqueteros destacados en diversos pelotones debido a las prominencias del terreno, estaba desembarcada. Cuatro batallones enemigos se hicieron ver, pero no dieron lugar a llegar a las

manos con ellos al haberse doblegado desde que se desembarcó. Se marchó en este orden derecho hacia la rada, pero pronto cambió la situación en la villa, que estaba al pie de una montaña y sobre un gran muelle, en el cual podían entrar doscientas pequeñas embarcaciones. El regimiento de La Couronne tuvo orden de ganar las prominencias y atacar la villa por detrás. Tres baterías altas de trece piezas de cañón tiraban incesantemente sobre los barcos y la infantería tanto en su desembarco como en su marcha; estas baterías habían sido colocadas en tres baluartes sobre las prominencias, fuera de la villa a fin de que ellas tuviesen el mayor alcance por elevación. La infantería de marina tenía orden de dar, a la cabeza de los cien mosqueteros del comandante mandados por Baptiste, Rochebrune y Mondon, en la puerta norte que era la más fortificada. Esta orden fue dada al mismo tiempo; el señor de la Roulerie, teniente de artillería del almirante, estando con este cuerpo, con el petardo, escalas y otras necesidades para el ataque.

Todas las pinazas, barcos, chalupas y otros barcos que habían servido con el señor de Cangé y que veían esta tragedia quisieron tomar también parte sin que tuviesen orden para ello, arribando sin mandato al muelle, lo que asombró de tal manera a los enemigos que pronto tomó la montaña, excepto los reclusos, religiosos y aquellos que la incomodidad había impedido. Pronto se realizó el pillaje y las viviendas, que puede ser en número de cinco o seiscientas, muy hermosas, más pronto fueron asoladas sin que se pudiese remediar, pero el cuidado de los oficiales fue tal y tan grande la obediencia de los soldados que ninguna mujer, ni ninguna iglesia, fueron miradas salvo para dar gracias a Dios y saludar a las otras.

La cantidad de vino y los desórdenes que llegan habitualmente en estas ocasiones haciendo aprehender el fuego y todo lo que acostumbra a seguir hizo tomar la resolución de sacar a toda la gente de guerra con orden de retomar cada cuerpo su lugar en el campo de batalla que habían tomado para dar lo que fue ejecutado tan prontamente que, dos horas después, no había ni un solo soldado en la villa, lo que era absolutamente necesario para la guarda de las posiciones y del general. Pasó la noche, la marina reembarcó a la mañana siguiente en los barcos propios para los descensos. La Couronne se quedó en la villa para hacer embarcar la artillería y demoler las fortificaciones, sin que ni una de las casas fuera arruinada ni quemada. Los prisioneros y los que había en la villa refieren que había dos mil hombres, tanto habitantes como de los alrededores que bajo el mando de un don de Silva, gobernador, habían resuelto defenderse bien y que por el lado de Santoña había llegado allí todo el mundo y un gran refuerzo desde Santander, entre otros de caballería, y los navíos tenían orden de hacer lo imposible para resistir y en caso de que no se pudiese, de quemar. Ello hizo tomar la resolución de no dilatar por más tiempo el desembarco por este lado, que era el único medio de obtener los galeones enteros. Los pilotos no pudieron asegurarnos el paso los navíos del tamaño que hubiese sido necesario enviar allí para combatirlos, a causa de la barra. El tercer día, dieciseis del mes, cuatro brulotes fueron enviados, sostenidos por cuatro fragatas y veinticinco chalupas mandadas por cuatro capitanes de la marina, de nombres Duquesne, Croyset, Thibault, le Mény y el caballero Desgouttes. El regimiento de La Couronne y los navíos tenían orden de marchar con el conde de Tonnerre al borde del agua, cerca de los galeones. La infantería de marina se preparó a embarcar a sus avanzadillas en chalupas a la espera de la orden, sin que supieran lo que había de hacer

cada uno.

La oleada venía, los brulotes y los que les sostenían salen con orden de ir derecho a los galeones para asustarlos en el caso de que no se hicieran dueños de la tierra por el ataque que allí se ordenó hacer a la marina, y de abordarles en el caso que no fuese repelido. El comienzo hizo dudar del resultado, la calma que se hizo desde que se hicieron a la mar, las baterías de tierra, las de los barcos, la infantería que estaba toda la tierra en un gran atrincheramiento haciendo tanto fuego que no se sabía qué juzgar de ello. Al fin Dios, que preside la justicia de las armadas del rey, hizo que los enemigos se sorprendieran del fuego, que duró alrededor de una hora, que ellos reconocieron como inútil frente al valor de nuestros hombres, y se dieran a la fuga; los que estaban en los galeones miraban el fuego, pero el almirante, que estaba en tierra, huyó tan deprisa que no osó o no pudo habiendo incluso evitado ser cogido por la chalupa de la Almiranta, al mando del caballero Desgouttes, estandarte y sobrino del comendador.

El señor de Casenac, capitán de marina, disgustado por no haber participado en este ataque, estando en la chalupa para ver lo que llegaba, se resolvió dar sin mandato a este almirante, lo que aceptó tan felizmente que se llegó él allí sólo con la pistola en mano y se encontró al que le mandaba con catorce hombres que él obligó a lanzarse a sus chalupas para salvarse, sin darles el gusto de prender fuego que si fácilmente él le mató y lanzó al mar, todos los artificios y pólvora destinados a este efecto.

No hubo menos prisa por enviar a coger el pabellón que estaba arbolado en el palo mayor de la almiranta de Galicia.

El señor Duquesne, que tenía orden de abordar el galeón con el señor Thybault y doce chalupas en caso de que él vió allí, en apariencia fué suspendido de hacerlo por una descarga de mosquete que le pasó rozando bajo el mentón, le rompió la mandíbula, aunque no creo que muera. El señor Thybault hizo todo lo que se espera de un hombre de valor.

El segundo galeón, que se encontraba más adentrado en la ría, no pudiendo ser abordado tan pronto por los señores de Croiset y Du Meny, que tenían la misma orden debido a que ellos estaban más adentrados en la ría, se quemó por sí mismo, sin que los capitanes pudieran poner orden allí a pesar de que fueran a abordarla tan pronto como el fuego fué sofocado, y ellos hicieron diligencias extraordinarias para este efecto.

En tanto se hacía este ataque, por un lado, la marina puso pié en tierra, el enemigo se dió a la fuga. Los batallones se formaron, la avanzadilla siguió a los enemigos si los alcanzaron y se adueñaron de la isla de donde no pudo pasar nada más que por una calzada por donde no podían pasar más de dos hombres de frente por el lado de la gran tierra.

El comandante Desgouttes, aunque fué reservado con parte de los capitanes de la marina, para tener a la armada en posición para recibir a los enemigos si llegaban no pudo sin embargo evitar poner el pié en tierra, tan pronto como los soldados avanzados, de donde el arzobispo de Burdeos lo volvió a enviar para estar al cuidado de la armada y hacer avanzar a las tropas que todavía no habían desembarcado en su totalidad. Pero su cuidado, que era sus límites, no le impidió ir al borde de este buque insignia tomado, para poner orden allí, pero viéndolo sobre el golpe de la pleamar y aprehendiendo que el reflujó, que comenzaba no le impidió salir lo hizo poner a la vela tan felizmente que sirviendo de piloto y de todo, sacó este

navío hasta bajo la almiranta, no teniendo con él al señor de Croiset, que había subido a bordo con Cazenac, el capitán Broc, el teniente Lacoste, de Senantes y Pichot, teniente de Duquesne y los equipos de sus chalupas. Por lo que todos dicen todos lo hicieron bien, lo que sería penoso para uno se hacía contribuyendo todos y lo que estaba al cuidado de cada uno se hizo con tanto interés, corazón, orden, obediencia, pero entre todos, el buen hombre de Hoguete, quien estaba al mando de la nobleza voluntaria, hizo ver que cuando el orden está en la cabeza del que manda, a menudo hace un gran efecto sobre los que son mandados.

Y el regimiento de la Couronne, puesto en cuatro batallones compuestos por quinientos hombres cada uno de los cuales el primero era mandado por el señor de Brain, teniente coronel del regimiento, el segundo por Daguerre, el tercero por el barón de Goujon, y el cuarto por Cosages del que fué destacado del primero sus ciento veinte hombres mandados por el señor Montieri, capitán, y otros oficiales a la afección del señor de Montcamp, ayuda de campo.

La retirada de Laredo fué hecha por el susodicho regimiento bajo la dirección del ya citado Brain, teniente coronel, con el señor de Cosages.

Y por si aparecían los enemigos, cerca de su marcha, destacó doscientos hombres comandados por los señores Dujarry y Marianne, capitanes, que se portaron con tal diligencia, que los enemigos en número de mil doscientos, no pudieron conseguir una posición que les fuera favorable, donde se hizo un combate y de tan cerca que el dicho señor Dujarry fué allí herido de pedradas y donde no perdimos nada más que al sargento de la Coronela y algunos de los heridos y por el lado de los enemigos se hizo una pérdida notable. En estas ocasiones el señor de Cambon hizo notar que el había sido criado por los mosqueteros del rey estándose mantenidos en cuerpos y lanzados al agua en todos los desembarcos hasta la cintura, sin romper el orden, sin salirse de su posición que era a la izquierda de los mosqueteros de la Almiranta.

Sería arduo decir todos los nombres pero he señalado aquí a los señores de Orluys, Gaucour, Arzac, los dos Bourdets, Chemeraut, Dulac, el caballero Tauriac, Roque-Taillade, Lanesevane, Rodonnet abanderado de Brest, el marqués de la Luserne, el conde de Clermont-Gayac, Chaboissiere, Lacour, el varón de Festival, el caballero de la Boisliniere, el caballero de la Meloniere, Lariviere, de Gesvres, Lahay, Plaisance, Lasausaye y algunos otros. No nombro a los sacerdotes de Gaucour y Cheselles, cuya profesión eximía del encuentro, pero ellos creían que ya que el general era eclesiástico, ellos también podían tomarse la molestia de estar allí. El señor de Pontesiere, capitán de Holanda, trabajó en el batallón de Basac como sargento pagado a tal efecto, habiendo tomado ese puesto debido a que su padre le mandaba. Sus buenas cualidades, no es necesario decirlo, habiendo hecho conocer en infinitas ocasiones en Francia y Holanda, donde se encontraba desde hacía diez años.

El señor de Belin, gentil hombre irlandés, que dejó los servicios del rey de España desde hace un año a causa de las injusticias y malos tratos que allí había recibido y que se ofreció al rey, ha servido con mucha afección.

Nada se puede añadir al orden de los desembarcos, en la prontitud en formar los batallones ni en la audacia de ir a ellos, del que el conde de Tonnerre, mariscal de campo, Buquoy, sargento de batalla, Joly Moncaulst y Jacques de Bledé, ayudantes de campo, trabajaron con un cuidado

increible, también como el señor Menadet, que servía de sargento mayor a la infantería de marina.

La pérdida que los enemigos tuvieron allí en este encuentro es de dos galeones, de los cuales uno era de mil a mil doscientos hombres que servía en ese momento al rey en su armada, el que llevaba el estandarte de Almiranta, arbolada sobre el palo mayor; el segundo de setecientas a ochocientas toneladas; más de cien piezas de cañón; más de doscientos barcos, barcas y pinazas, y una de las principales villas de Vizcaya que ellos habían puesto en estado de no temer nada, como se puede ver por el despacho del rey de España al dicho don Silva.

La pérdida que ha sufrido el rey es de dos capitanes de brulotes muertos, un capitán de la marina de nombre Duquesne herido en el rostro, de dos gentilhombres del arzobispo de Burdeos llamados Rochebrune y de Breins, gravemente heridos y de algunos soldados y marineros y un capitán del regimiento de La Couronne de nombre Montieri herido en la pierna de un tiro de mosquete.